

A.C.N. DE P.

AÑO XXX

15 de diciembre de 1954

NUM. 554



LA CONSAGRACION AL INMACULADO CORAZON DE MARIA (HISTORIA Y FUNDAMENTOS)

No es éste el primer caso en el que los teólogos se ven impulsados por el instinto certero de la piedad del pueblo cristiano. Está reciente todavía la definición del dogma de la Asunción, verdadera lección de teología para todos. Frente a ciertos ambientes un poco empobrecidos, la actitud del Papa fué una reivindicación de la vitalidad y de la integridad del Magisterio de la Iglesia.

Algo así nos está pasando con la devoción al Corazón de María, con la consagración al Inmaculado Corazón de María. El Espíritu Santo, con sus inspiraciones, con las intervenciones sobrenaturales en el curso de los acontecimientos, ha despertado todo este movimiento cordimariano que rejuvenece hoy a la Iglesia de Dios. Los mariólogos se sienten responsables de encontrar en el depósito de la Revelación el germen escondido de donde nace toda esta exuberancia.

Qué es el Corazón de María

Para nosotros, la interpretación de todo este movimiento es sumamente sencilla. Dios Nuestro Señor quiere hacernos volver a vivir el cristianismo en su máxima profundidad primitiva. Lo quiere y lo está provocando de muchas maneras: la vida eucarística, la piedad litúrgica, etc. En el sector de la devoción mariana, tan fundamental en la vida cristiana, es el Corazón de María quien nos ha de volver a lo íntimo, a lo rico, a lo hondo de la devoción, a la Madre santa de Dios.

Porque el Corazón de María no es más que esto: la intimidad, la vida íntima y personal de la Virgen Santísima en cuanto representada por su Corazón. Su caridad sobre todo, remate y cumbre de su vida espiritual y de su unión con la Santísima Trinidad (1).

El padre Llamera, O. P., resume en estas fórmulas su pensamiento sobre el objeto de la devoción al Corazón de María:

"Es la veneración del Corazón de la Virgen o de la Virgen en su Corazón.

Es la veneración de la Virgen por excelencia de su amor, reflejado y simbolizado en su Corazón.

Es la veneración de la Virgen en su Corazón físico, reflector y símbolo de su amor" (2).

Y el padre García Garcés, C. M. F.: "El cordimarianismo venera la vida interior de la Bienaventurada Virgen na-

turalmente simbolizada en su corazón físico" (3).

Adoración especial

Por esto no es presuntuoso decir que el corazón de María viene a hacernos honrar a la Virgen "en espíritu y en verdad". A la Virgen, en sí misma, no por haberse aparecido aquí o allá, sino por su grandeza intrínseca e íntima, por su verdadero ser maternal.

Nos parece insuficiente desde este punto de vista la manera de exponer las relaciones entre las advocaciones particulares de la Virgen y la devoción del Corazón de María que hace el padre Torre, C. M. F.:

"Es perfectamente compatible que honrando a la Virgen la garcía durante todo el año y en su fiesta, se honre también al Corazón de María en sus solemnidades propias..., siguiendo, en una palabra, un curso proporcionalmente paralelo al culto devotísimo que tributamos al Sagrado Corazón de Jesús, sin que a nadie se le ocurra por eso decir que causamos mengua a la devoción de los "Cristos locales" o a los otros ministerios de Jesucristo" (4).

Es cierto, pero no es suficiente. En otro lugar nos parece más acertado, aunque no trate el asunto directamente:

"En segundo lugar, esto parece significar que esta devoción (la del Corazón de María) es como el complemento de las demás devociones marianas...; se concibe una advocación sin otra advocación, pero no se concibe ninguna advocación de la Madre de Dios sin su Corazón" (5).

Es esta la verdadera posición. El Corazón de María, aun siendo una advocación de la Virgen Madre de Dios, lo es de una manera muy especial. Su objeto no es un misterio, un hecho concreto, sino la misma vena riquísima de vida que une y valoriza todos los misterios de la vida de la Señora, todas sus actuaciones en bien de sus hijos los hombres. Los fieles, en un pasado de florecer cristiano, desplegaron piadosamente en un mosaico de advocaciones toda la grandeza que Dios había acumulado en su Madre, con peligro de perder de vista la raíz de todo aquello. Algo de esto ha pasado, y la Virgen lo quiere remediar, poniendo a la vista de todos, como objeto directo de culto, el hontanar, la síntesis de todos sus misterios y de todas sus advocaciones: su corazón, su amor a Dios y a los hombres.

Consagración

Por esto, lo que hace falta, lo que buscamos, no es poner Corazón de María

(3) N. García Garcés, C. M. F.: "De Immaculato Corde B. M. Virginis seu quid quid veniat nomine "cordis" et quodnam sit obiectum proprium eius salutiferae devotionis", en "Alma Socia Christi". Volumen VI, Fasc. II, Romae, 1952, Pág. 52.
(4) "El libro del Corazón de María". Madrid, 1954, Pág. 76.
(5) Ibid. Pág. 75.

HACE exactamente una semana ha sido clausurado el Año Santo Mariano, que el Sumo Pontífice ha tenido la caridad de conceder al mundo cristiano con motivo del centenario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada. La Asociación, edificada sobre sólidos fundamentos marianos—entre congregantes se reclutaron los primeros propagandistas y a la Virgen Inmaculada va dirigida nuestra casi cincuentenaria oración—, lo ha vivido y lo ha difundido. Culminación, cargada de frutos, del tenaz fervor apostólico de los miembros de nuestro Secretariado Mariano ha sido el magno Congreso Mariano celebrado a orillas del Ebro, junto al Pilar, el 12 de octubre, a cuya eficaz propulsión, organización y desarrollo se incorporaron en torno a la Jeraquía, desde el primer instante, propagandistas de Madrid y Zaragoza.

Hemos querido dejar constancia de nuestra devoción mariana en la colección de A. C. N. DE P., y por eso en este número publicamos una serie de trabajos inéditos sobre temas marianos que, para este fin, nos han sido remitidos, atendiendo la petición que se les hizo, por los propagandistas de Zaragoza.

De intento no publicamos ninguna crónica del reciente Congreso. En la prensa de octubre, en las revistas publicadas estos dos meses, pueden hallar quienes lo deseen información amplísima sobre la magnitud de los actos y sobre ese hecho tan español y tan consolador al que otras veces hemos

(Continúa en 2.ª pág., 1.ª col.)

(1) No excluimos en el culto al Corazón de María su corazón físico. Pero, en definitiva el valor esencial de esta devoción es el Corazón en cuanto símbolo o el corazón simbólico: El corazón físico en cuanto unido a su vida espiritual, santa.

Sobre el sentido y alcance de la expresión "Corazón de María" puede consultarse provechosamente el volumen IV de "Estudios Marianos", Madrid, 1945.

(2) M. Llamera, O. P.: "La devoción al Inmaculado Corazón de María y el santísimo rosario", en "Estudios Marianos". Vol. IV, Madrid, 1945. Pág. 410.

donde antes sólo se ponía María, a secas, como que aprendamos a entrar, a profundizar en el alma de la Virgen, modelo de amor y de entrega absoluta a Dios, prescindiendo un poquito de lo exterior, de la anécdota.

Frente a esta devoción directa y profunda de la Virgen nace lógicamente la posición profunda de entrega: la consagración. La consagración es a las demás devociones marianas como el Corazón de María es a las demás advocaciones. Y con esto quizás esté dicho todo.

La consagración no es un ejercicio piadoso, es una actitud, una postura del alma ante Dios que la absorbe toda y la modifica e influye en todas sus actuaciones (6).

“La consagración al Corazón de María no significa otra cosa que poner por acto deliberado, personal y libre nuestra vida en la misma perspectiva en que se desarrolló la existencia de la Madre de Dios” (7).

“La consagración personal es, conforme a lo expuesto, la aceptación libre y deliberada de la infinita riqueza que Dios nos ofrece de su ser uno y trino, resultando así el valor positivo sobrenatural—divinización—de toda nuestra vida en la perspectiva sobrenatural y cristiana en que Dios la ha colocado en el concierto de las demás cosas” (8).

“La consagración al Cuore Immacolato di Maria nonde una semplice preghiera per assicurare la sua protezione e la sua valida intercessione nei momenti difficili che volgono, ma una donazione totale e definitiva di tutto ciò che siamo e ditto ciò che abbiamo” (9).

Y con esto basta para nuestro intento. Queda ya bien claro que si el Corazón de María es el compendio de toda la personalidad excelsa de la Madre de Dios y el símbolo vivo y amoroso de su maternidad, la consagración a él es la profunda actitud del hijo, la cifra de su dependencia, y la expresión total de su fi-

liación, y de su dependencia y de su entrega.

Algo de Historia

Nuevamente, a la hora de señalar los fundamentos dogmáticos de nuestra consagración, volveremos sobre este tema. Basten ahora estas ideas para comenzar la historia, el diseño—mejor y más exactamente dicho—de la evolución de estas doctrinas y prácticas en la vida de la Iglesia.

Conforme a lo que entendemos por consagración y por Corazón de María podemos muy bien abarcar y recoger en este trabajo el movimiento piadoso y teológico que preparó el esplendor de la esclavitud mariana. He aquí unas palabras del padre Pujolrás, con las cuales coincidimos:

“La devozione nelle sue manifestazioni esterne risponde alla psicologia dei popoli e dei tempi. Non è quindi da meravigliarsi che nei tempi della cavalleria galante, e in quelli soprattutto di prete e ghiacciante giansenismo, la consacrazione alla Madonna rivestisse il carattere specifico del rapporti tra schiavo e padrone” (10).

Ya en los padres eclesiásticos aparecen los primeros indicios de la consagración mariana. En San Gregorio Nacianceno, San Efrén, San Jerónimo, San Agustín, San Isidoro de Sevilla, San Máximo Confesor encontramos las ideas fundamentales de la consagración: entrega, sumisión, dependencia total y perfecta.

Diferentes hallazgos arqueológicos demuestran la existencia de la consagración a María en la Iglesia de los primeros siglos. En el norte de Africa se encontraron abundantes plomos con la inscripción “Doulos Zeotokou” (Siervo de la Madre de Dios) (11). En la iglesia de Santa María la Antigua, de Roma, está la misma idea grabada en un ambón: “Johannis, servus beatae Matris Dei” (12).

Pero es San Ildefonso de Toledo el primero en encontrar una fórmula explícita de esta consagración:

“O Domina mea, Dominatrix mea, dominans mihi, Mather, Domini mei. Te rogo, te oro, te quaeso, habeam spiritum Domini mei” (13).

Y poco más adelante se declara siervo y esclavo de la Virgen y apunta ya la razón teológica “nam Dominus meus Filius tuus est”.

Del s. VII en adelante los textos comienzan a multiplicarse. La espiritualidad cristiana ha encontrado ya definitivamente este camino de la consagración al amor, a la maternidad santa y solícita de la Virgen Madre. San Juan Damasceno consagra a María a los fieles que han acudido a celebrar el Tránsito de la Señora:

“Tibi nos quoque assidemus, o Domina, Domina, inquam, atque iterum Domina... mentem, animam, corpus, nos ipsos denique totos Tibi consecramus” (14).

En el Salterio de María, de autor y fecha desconocidos, encontramos una fórmula de consagración piadosa y teológicamente perfecta (15).

Multitud de textos podrían entretenernos en este rapidísimo recorrido histórico. Pero forzados a no señalar sino los grandes jalones, saltamos al comienzo de la época de oro de la esclavitud mariana.

El movimiento esclavista

Es claramente cierto que su iniciador, con una dimensión profunda y sistemática, fué el agustino español padre Bartolomé de los Ríos y Alarcón, nacido en Madrid durante el último tercio del si-

(10) Ibid. Pág. 95. Nota 41.

(11) Cfr. Delattre: “Le culte de la Sainte Vierge en Afrique”. Págs. 109, 123.

(12) Cfr. Leclercq: “Forum Chrétien”, en D. A. Ch., t. V, col. 2.017.

(13) “De virginitate perpetua B. M. Virginis”. ML. 96, 68.

(14) “In dormitionem Deiparae”. MG. 96, 719.

(15) La transcribe el padre Angel Luis, C. SS. R., en “Precedentes históricos de la consagración al Corazón de María”. “Estudios Marianos”, t. IV, Madrid, 1945. Pág. 477.

glo XVI y muerto en la misma ciudad el 4 de mayo de 1652. Desde que en 1924 el padre Burón presentó al concurso organizado por la Academia Mariana de Lérida un trabajo sobre el valor de la obra del padre De los Ríos “Hierarchia Mariana”, quedó aclarado el origen de la escuela esclavista y demostrada la influencia del agustino español sobre su contemporáneo De Bérulle, fundador de la escuela francesa.

Por aquel mismo tiempo, probablemente en 1595, una religiosa franciscana, sor Inés de la Cruz, fundó en Alcalá de Henares la primera cofradía de la Esclavitud Mariana. La visita casual de fray Juan de los Angeles fué el medio del que se valió Dios para propagar y engrandecer la obra de la monjita franciscana (16).

Desde entonces, un poderoso movimiento esclavista comenzó a desarrollarse en España. Tanto que, al poco tiempo, por intervención quizás de sor Margarita de la Cruz, fundadora de las Descalzas Reales, o del beato Simón de Rojas, toda la familia real y muchas primeras figuras de la nobleza española eran esclavos de María. Fray Antonio Alvarado funda la Cofradía de los Esclavos de la Virgen Desterrada, y el padre De los Ríos, nombrado predicador de la infanta Isabel Clara Eugenia, propaga ardentemente el movimiento en los Países Bajos. La consagración a la Santísima Virgen es tan bien acogida, que el mismo padre De los Ríos confiesa que los plateros y herreros están ya hartos de fabricar grillos y cadenas (17).

De Bélgica el movimiento pasó a Alemania y a Polonia; al poco tiempo, por la influencia de la escuela española y de la francesa, toda Europa vibraba entusiasmada por haberse encontrado sierva de María (18).

Influenciada por el padre De los Ríos, aparece en Francia la figura del Cardenal De Bérulle, propulsor y propagador entusiasta de esta devoción profunda y fundamental a la Madre de Dios. Si su originalidad, como dice el padre Dilenschneider (19), no es tanta en este punto como hasta hace poco se creía, si que hay que concederle el mérito de haber centrado definitivamente la realeza de María en su maternidad divina, de una manera más profunda de como se hacía hasta su tiempo. A partir de él, toda la escuela francesa continúa esta perspectiva magnífica.

Gibieuf, De Condren, Bougoing, Olier, desarrollan y profundizan, siempre en la misma línea que su maestro, los fundamentos de nuestras relaciones filiales, dependencia y entrega, con la Santísima Madre de Dios (20).

La expresión “Corazón de María”

San Juan Eudes (1601-1680) tiene el gran mérito de haber concretado en la expresión “Corazón de María” toda la riqueza de vida interior y santa de la Madre de Dios, que habían encontrado sus predecesores, dando así un gran paso para la difusión de esta devoción a lo íntimo de la Virgen. La principal de sus obras, en la que explica y fundamenta toda la doctrina de la consagración al Corazón de María, es “Le Coeur admirable de la Mère de Dieu”, publicada en Caen el año 1881, poco tiempo después de su muerte.

Desde San Juan Eudes, a través de su gran discípulo Boudon, llega esta maravillosa herencia a San Luis María Grig-

(16) Cfr. Nazario Pérez, S. I.: “La esclavitud mariana según los antiguos ascetas españoles”. Madrid, 1929. Pág. 17.

(17) “Hierarchia Mariana”. 1, 2, c.8. Página 121.

(18) Cfr. Salvador Gutiérrez, O. S. A.: “La santa esclavitud en sus fundamentos teológicos y forma ascética e histórica, según el B. Monfort y según el padre Ríos”. El Escorial, 1936. Pág. 675 ss.

(19) “La Mariologie de St. Alphonse”. I. Pág. 228.

(20) Para conocer la doctrina de todos estos autores puede verse Mollien: “La Vierge Mère de Dieu. Les meilleurs textes de l'école française, Ou les grandeurs de Marie”. Paris, 1940.

(Viene de la página anterior.)

aludido: el desbordamiento por las muchedumbres de los más grandiosos marcos cívico-religiosos preparados para albergarlas. La monumental plaza de las dos catedrales de Zaragoza, el pasado 12 de octubre, fué insuficiente para contener al buen pueblo español. Desde la comodidad de la tribuna, en primera fila, a resguardo del sol y del cansancio, se valoraba más la conmovedora fe de quienes allá, al fondo, flameaban los pañuelos: manos rudas, ancianas, juveniles, los agitaban, flotantes sobre unas cabezas que poco más verían que las altas y espigadas torres de la basílica. Esa basílica en la que millares de hombres y mujeres entraban y salían, produciendo aquel incesante clamor de pies rozando el suelo, acercándose a improvisados comulgatorios, a los que Cristo, saliendo de las capillas en que se hallaban los sagrarios, se acercaba en busca de los labios de sus hijos.

Para los propagandistas fueron jornadas de gozo y trabajo. No es preciso dejar aquí constancia de cuántos han laborado en este Año Santo y en la organización del Congreso, poniendo tanta fe y tanto celo mariano. Pero si hemos de agradecerles el bien que a tantas almas han hecho y la gloria que han dado a nuestra Madre Inmaculada.

non de Monfort (1673-1716), con el que alcanza su madurez y su plenitud. Su opúsculo "Tratado de la verdadera devoción a la Virgen Santísima" es un tesoro de profundidad teológica y de unción espiritual. Todo el ideal de la vida de San Grignon de Monfort y toda su realidad fué propagar la verdadera devoción a la Santísima Virgen, la Santa Esclavitud, y defenderla de las impugnaciones que los jansenistas le oponían.

Divulgadísima es la fórmula, piadosa y perfecta, de consagración a María, mejor dicho, a Jesucristo, Sabiduría encarnada por medio de María (21).

Las consagraciones de los siglos XVIII y XIX

Desde el siglo XVIII, el número de consagraciones aumenta. San Alfonso María de Ligorio, en todas sus obras, especialmente en "Las glorias de María", difunde ampliamente el espíritu de filiación hacia la Santísima Virgen. Santa Margarita María de Alacoque consagra su comunidad al Corazón de María. El venerable padre Bernardo Hoyos, S. I., habla del Corazón de María como del instrumento por el que se ha de introducir el reinado del Sagrado Corazón de Jesús.

Pero la época de esplendor, de vibración popular, contrariamente a lo que era de esperar, ha pasado. Vientos secos de persecución y de racionalismo agostan la floración de la piedad popular.

En el siglo XIX, la figura de San Antonio María Claret es el centro del movimiento cordimariano y el principio de una nueva era de esplendor de la consagración al Corazón de María.

En 1831 ingresa en la Cofradía del Corazón de María, establecida en la iglesia de los padres jesuitas de Manresa; antes, por lo tanto, de la fundación de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias. En 1845 funda la Sociedad de María contra la blasfemia y la pone bajo la protección del Corazón de María. En sus predicaciones va fundando por todas las parroquias la Archicofradía del Corazón de María para perpetuar el fruto de sus trabajos. En 1847, para dar a conocer estas Archicofradías y fomentar su desarrollo de una manera estable y uniforme, publica "Breve noticia de la Archicofradía del Sagrado Corazón de María para la conversión de los pecadores". Proyecta la Hermandad del Santísimo e Inmaculado Corazón de María, amante de la Humanidad, que no llegó a madurez por parecer demasiado innovadora al Arzobispo de Tarragona. Funda varios institutos religiosos dedicados a propagar de distintas maneras la devoción al Corazón de María, especialmente la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

Para estas fechas encontramos ya datos concretos y abundantes que demuestran la proximidad de una nueva época de esplendor de la consagración al Corazón de María.

Japón es consagrado al Corazón de María en 1847 por Su Santidad Pío IX. En 1884 se consagra al Santísimo Corazón de María la Compañía de Jesús. La República de Ecuador, en 1892; Italia, en 1898; Francia, en 1941; Bélgica, en 1916; Inglaterra, en 1918; Méjico, en 1919 (22).

Consagración universal

A la vez que se celebraban todas estas consagraciones, iban llegando a la Santa Sede insistentemente las peticiones de una consagración universal hecha por el Papa. El reverendo padre José Font, claretiano, en 1895; el reverendísimo padre Martín Alsina, superior general de los claretianos, en 1907; el reverendísimo padre Gebhard, procurador general de los padres monfortianos, en el mismo año; el Congreso Eucarístico de Lourdes, en 1914; el Arzobispo de Tarragona, en 1916, etc., etc.

(21) "Tratado de la verdadera devoción", ed. del Ap. de la Prensa. Pág. 186 s.
(22) Para ampliar estas noticias véase Tomás Torre, C. M. F., o. c., c. IX al XIII.

Finalmente, en Fátima, en el año 1917, la misma Santísima Virgen, con su intervención directa, promovió intensamente la devoción a su Corazón y anunció que vendría a pedir la consagración de Rusia a su Corazón Inmaculado para evitar el azote de una segunda guerra mundial.

En 1929 se apareció nuevamente la Virgen a sor Lucía diciéndole que hiciera las gestiones necesarias para que Rusia fuera consagrada al Corazón de María. Sor Lucía comenzó desde entonces a trabajar para cumplir el deseo de la Virgen. El 2 de diciembre de 1940 escribió una carta al Papa pidiéndole respetuosamente que se dignase hacer "la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, con mención especial de Rusia, y ordenar que, en unión con Vuestra Santidad y al mismo tiempo, la hagan también todos los Obispos del mundo" (23).

El Papa, respondiendo a la petición del Corazón de la Virgen, en el discurso radiofónico dirigido a los fieles que celebraban en Fátima el XXV aniversario de las apariciones, consagró Portugal y el mundo entero, con una clarísima alusión a Rusia, al Corazón de María. Poco después, el 8 de diciembre, consagró de nuevo el mundo al Corazón de María en la basílica de San Pedro. Más tarde, el 7 de julio de 1952, en la carta pastoral "Sacro Vertente anno", dirigida "a los queridísimos pueblos de Rusia", los consagró al Inmaculado Corazón de María (24).

Desde las apariciones de Fátima, el movimiento de las consagraciones ha sido arrollador. Portugal, el 13 de Mayo de 1931; Chile, en 1932; Italia, en 1942; Suiza (cantón de Friburgo), Eslovenia, Colombia, Inglaterra, Irlanda, en 1943; Brasil, en 1946, etc. (25).

Simultáneamente, un sin fin de diócesis, familias religiosas y parroquias se ponían bajo el amparo del Corazón de María.

Estamos ya en plena efervescencia de la piedad cordimariana, efervescencia que ha obligado a los teólogos a profundizar y a divulgar los fundamentos dogmáticos de esta consagración al Corazón de María, recomendada y pedida por Ella misma.

Fundamentos dogmáticos de la consagración

Etimológicamente, consagrar significa hacer sagrada una cosa o persona dedicándola al servicio de otra superior (26).

Con el uso litúrgico y dogmático la consagración ha llegado a significar el acto fundamental de culto, el acto propio de la virtud de la religión, la entrega y el rendimiento total de la persona en reconocimiento del dominio y soberanía de Dios. La consagración como acto de culto es la actitud del alma que reconoce su dependencia de Dios y se entrega a El en espíritu y en verdad para realizar efectivamente en su vida los derechos radicales y absolutos de Dios sobre ella. Consagrarse a Dios y vivir la consagración es dejar de ser fin de sí mismo y entrar en la órbita de Dios, valorando los propios actos y las propias circunstancias exclusivamente desde el punto de vista de nuestra dependencia de Dios, de sus derechos sobre nosotros.

Evidentemente es la forma más íntima de plantearse el problema de la propia vida religiosa. No estamos en la multiplicidad—a veces un poco decadente—de prácticas piadosas, de "devociones" que pueden convivir, más o menos deformadas, con los defectos habituales de una vida mediocremente cristiana, sino que hemos entrado de lleno en el espíritu y en la verdad del cristianismo.

"Religio proprie importat ordinem ad Deum. Ipse enim est cui principaliter alligari debemus tamquam indeficienti principio; ad quem etiam nostra electio

(23) La carta fué casi íntegramente publicada en "Erobería", mayo 1951.

(24) Bibliografía y documentación sobre estos documentos en Pujolrás, C. M. P., a. c. Pág. 83. Notas 3-7.

(25) Torre, C. M. F., o. c., c. XII.
(26) Forcellini, A.: "Totius latinitatis lexicon". I-VI, Patri 1858-1875.

assidue dirigi debet sicut in ultimum finem" (27).

Por lo tanto, como en el Corazón de María veíamos lo íntimo, lo sustancial de la Santísima Virgen, la síntesis y el compendio de su maravillosa personalidad; en la consagración hemos de entender lo íntimo, lo sustancial de la vida de piedad, la síntesis y el compendio de toda la personalidad del cristiano en cuanto cristiano no es una devoción; es la devoción misma en acto, la medula de la religión.

¿Qué títulos tiene la Santísima Virgen para que nos humillemos ante Ella entregándonos plenamente, espiritualmente a su voluntad, a su acción en nosotros? Podríamos dar una primera respuesta, amplia e indeterminada, pero cierta, con estas palabras de Santo Tomás, que tienen toda la lucidez y toda la vaguedad de un primer principio:

"Sicut autem in rebus naturalibus naturaliter inferiora superioribus subduntur, ita etiam naturalis ratio dicitur homini secundum naturalem inclinationem ut ei quod est supra hominem subjectionem et honorem exhibeat secundum suum modum" (28).

Pero la respuesta exige ulteriores precisiones; ¿cuál es la grandeza propia y específica, concreta, de la Santísima Virgen, que la hace dueña nuestra y digna de nuestras almas? Hemos ya de frente ante nuestro problema.

María, Reina

Utilizando el principio de la analogía entre Jesús y María, fundamental en la ciencia mariológica, los autores han encontrado una solución a esta pregunta en los documentos papales que tratan de la consagración al Corazón de Jesús (29). El pensamiento dominante en estos documentos es evidentemente el de la realeza de Cristo. Cristo es Rey, y nosotros debemos consagrarnos, entregarnos a El, reconocer su realeza. Y a la hora de pasar de Cristo a María, haciendo equilibrios sobre la analogía, los teólogos nos hablaron de la realeza de María. El mismo Papa Pío XII había invitado a este "traspaso" recordando, al final de la fórmula de la consagración, la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús y llamando a la Virgen Reina del mundo (30).

Por lo demás, ni la idea ni la expresión eran nuevas en la tradición de la Iglesia. Las dos oraciones marianas más repetidas universalmente son festigos de ello: Salve Regina y las Letanías laurentanas.

Pero quedaba en pie la parte más delicada: ¿Qué es esta realeza de María? ¿Por qué y cómo es reina María?

María, Madre universal

Todo el afán de los mariólogos está hoy dirigido hacia el conocimiento del ser maternal de María. En su maternidad divino-espiritual se centra cada vez más todo el programa mariológico. Y en ella también encontramos la razón de la realeza de María, y por tanto sus derechos para nuestra consagración a Ella.

La maternidad de María, que es eternidad divina en primer lugar, es la fuente de toda la grandeza de María y aun la misma razón de ser de su existencia. No podemos desarrollar, ni casi apuntar, la amplitud de un tema que ha sido suficiente para entretener durante años las plumas de los mariólogos más ilustres (31).

(27) S. Th., II, II, 81, 1.

(28) S. Th., II, II, 85, 1.

(29) León XIII: "Enc. Annum Sacrum" en AAS, 31 (1899), 646-651; Pío XI: "Enc. Quas primas", en AAS, 17 (1925), 593-610.

(30) "Nuntius radiophonius ad Lusitaniam cristifideles missus", en AAS, 34 (1942), 313-325.

(31) Cfr. Alonso, C. M. F.: "Naturaleza y fundamentos de la gracia de la Virgen", en "Estudios Marianos", V, Madrid, 1946; Delgado Varela, O. de M.: "La maternidad divina formalmente santificante en los teólogos españoles de 1600 a 1650", en "Estudios", VII (1951); J. H. Nicolás, O. P.: "Le concept théologique de Maternité divine", en "Revue Thomiste", 42 (1937-I); el volumen VIII de "Estudios Marianos", Madrid, 1949.

CRISTO es el centro de la Biblia entera. Ahora bien: siendo María la Madre de Cristo, y estando tan íntimamente unida a El en toda la obra de la redención, se puede esperar que ocupe también un papel importantísimo en las sagradas letras.

Y lo ocupa.

Lo que pasa es que con María sucede lo que con Jesús. Aunque halla su plenitud en el Nuevo Testamento, está ya presente en el Viejo de muchas maneras.

Unas veces por el camino de la profecía, explícita o implícitamente. Otras, por medio de figuras, que tienen con ella una analogía maravillosa.

Como en este campo se suelen aducir varias palabras que parecen sinónimas, y no lo son en realidad, quizá convenga precisar bien los términos primero.

Lo principal, por ser lo más claro y contundente, es la profecía. Por profecía se entiende "la predicción cierta y unívoca de una cosa concreta, futura y libre". Al decir "predicción", indicamos "anuncio previo". Al decir "cierta y unívoca", elegimos los términos técnicos, por oposición a lo "incierto y equívoco". Al decir "cosa", la tomamos en su sentido más amplio, porque el objeto de la profecía lo mismo puede ser una persona, que un hecho histórico, que una cosa inanimada. Al decir "futura", se concreta el tiempo. Y al decir libre, se determina que su realidad no es inexorable o efecto de causa necesaria, sino que depende sólo de la voluntad de Dios o de la libertad humana.

Por "figura" entendemos una realidad histórica sin relación ulterior. Por "símbolo" entendemos una relación ulterior sin realidad histórica. Y por "tipo" entendemos una realidad histórica con relación ulterior.

La figura es siempre una realidad histórica. Hecho, persona o cosa. Una realidad que presenta claramente una analogía con otra realidad trascendente, particularmente mesiánica. Pero en la Escritura no se nos habla de esta analogía, de esta relación, de esta significación ulterior. Somos nosotros los que, en vista de los rasgos comunes, hemos visto luego la analogía y hemos sacado las consecuencias. Piénsese, por ejemplo, en el caso de Isaac subiendo al monte llevando la leña a cuestras para su propio sacrificio. Es una imagen clara de Cristo, víctima inerte, subiendo al Calvario llevando la cruz a cuestras para su propio sacrificio. La analogía no puede ser más clara. Pero en la Escritura no se nos dice jamás que Isaac represente a Cristo o el haz de leña la cruz. Por eso es sólo figura.

El símbolo, por el contrario, carece de realidad histórica, pero tiene en la misma Escritura una significación ulterior. Toda la razón de ser es precisamente esta relación trascendente. Por ejemplo: el profeta Jeremías, en una de sus visiones, vio una vez dos canastillos de higos a la entrada del templo. Y le dijo el Señor: "¿Qué ves, Jeremías?" Y dijo: "Veo un canastillo de higos riquísimos y otro de higos pésimos, que no se pueden comer." Y el Señor le manifestó que los higos buenos representaban a los cautivos de la emigración, y los malos al rey Sedecías y a los que habían quedado en Jerusalén. Es decir, que los canastillos aquellos no existieron jamás. Era sólo una visión imaginaria cuya razón de ser consistía sólo en su relación ulterior. Un símbolo.

Finalmente, el tipo es lo más perfecto porque une las dos cosas a la vez. Independientemente de su relación ulterior, trascendente, tuvo una plena realidad histórica. Pero además de su realidad histórica, en la economía divina estaba ordenado a una significación más alta de carácter mesiánico. Piénsese, por ejemplo, en el Exodo. Prescindiendo de que Cristo viniese muchos siglos después, fué una realidad la salida de Israel de Egipto. Pero aquella realidad, aquel hecho, tenía además otro carácter. Porque el Evangelista, iluminado por la luz de Dios, nos dijo siglos más tarde que era tipo de la vuelta de Cristo de aquella misma tierra. Y así Adán, y Melquisedech, y la piedra del desierto, y el cor-

dero pascual, y el paso del mar Rojo, y la nube, y otros casos de que nos habla la Escritura. Pero sólo aquellos de que nos habla la Escritura. Si no, por clara que aparezca la analogía, son sólo figuras que se pueden prestar bien a un sentido puramente acomodado.

* * *

APLIQUEMOS ahora estos principios de hermenéutica al caso de la Virgen.

Puede afirmarse que, con relación a ella, no hay en la Escritura un solo caso de puro símbolo.

Igualmente parece indudable que no hay en toda la Escritura un solo caso de tipo con relación a ella.

No hay, pues, símbolos ni tipos marianos hablando estrictamente. Pero, en cambio, hay profecías y abundan muchísimo las figuras. Aquí nos vamos a limitar a las figuras.

Estas son de todo género, personales y reales. Y se dieron en todas las épocas. La Iglesia nos ha dado ejemplo de buen sentido al aplicar a María muchas de las frases bíblicas dichas literalmente de otros personajes. O al extender hasta ella el sentido acomodado en la Liturgia, en la Ascética y en la Mística. Recordad, por ejemplo, la letanía lauretana. Rosa mística, torre de David, casa de oro, arca de la alianza, puerta del cielo.

* * *

EMPECEMOS con las figuras personales. Unas son históricas y otras son prototipos.

Prototipos son, por ejemplo, la mujer fuerte del libro de los Proverbios y la mujer sensata del hijo de Sirach. "Gracia sobre gracia—dice éste—es la mujer pudorosa... como sol que se levanta en las alturas, ... lámpara que brilla en el candelabro santo... columna de oro en basa de plata." Y el libro de los Proverbios: "Una mujer fuerte, ¿quién la encontrará?... Por cima de las perlas se alza su valor. Es como navío de mercader, que de lejos trae los víveres... De fuerza y dignidad está revestida... su boca se abre con sabiduría... el pan de la ociosidad no come... Levántanse sus hijos y la proclaman bienaventurada..." Tales figuras como prototipos de mujer, ¿a quién como a María pueden aplicarse?...

En este campo cae también, aunque fuese probablemente un personaje real en el que se inspiraba el autor del Cantar de los Cantares, la celebrada esposa, protagonista de este libro celeberrimo. La Iglesia aplicó siempre a la Virgen sus frases delicadas, que destilan miel: "Hermosa eres, amada mía; sí, eres hermosa. Tus ojos son como palomas a través de tu velo... como cinta de grana son tus labios y tu boca es perfecta... cuajados de granada son tus sienes... como la torre de David es tu cuello... edificada para los trofeos: mil escudos penden de ella, todos pavese de héroes... Tus pechos son como crías de gacela que pacen entre lirios... Eres toda hermosa, amada mía, y no existe defecto en ti." "¡Cuán bello es tu amor, hermana mía, esposa!... Panal destilan tus labios, miel y leche hay bajo tu lengua y el olor de tus vestidos es como el olor del incienso. Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa; huerto cerrado, fuente sellada."

* * *

PERO vengamos ya a las figuras concretas, a personas reales determinadas. Los Padres vieron siempre figuras de María en Eva, Sara, Rebeca, Raquel, María, Débora, Jael, Ruth, Nohemí, Ana, la madre de Samuel; Abigail, Respha, Abisag, Betsabé, Judith, Esther y la madre de los Macabeos. Veamos ahora brevisísimamente los puntos que tienen de analogía.

Eva, sin dejar de ser una figura, constituye un caso especial. No es propiamente un tipo, como lo fué Adán de Cristo, pues mientras que San Pablo llama a Cristo el nuevo Adán, la Escritura nunca llama a María la nueva Eva. Pero precisamente la analogía que tiene de una parte con Eva, aunque por vía de antítesis, y de otra con Cristo,

Las figuras en la Sagrada

en cuanto éste es el nuevo Adán, hacen que Eva, con relación a María, sea más que una mera figura, un anticipo, una precesora, con perfecta analogía de funciones, hasta el punto de poderse llamar a la Virgen nueva Eva, como a Cristo llama la Escritura el nuevo Adán. Como en la caída cooperaron los dos, Adán y Eva, en la resurrección cooperaron ambos, Cristo y María. De modo que, por lo mismo que a Cris o, por ser el Redentor, se le pudo llamar el nuevo Adán, por ser el padre de la nueva vida, se la puede llamar a María nueva Eva, por lo mismo que fué coredentora.

Sara, en cambio, fué figura de María en otro sentido. Sobre todo en la analogía de haber concebido las dos un solo hijo, en ambas, aunque no igual, por caminos misteriosos. Por otra parte, el hijo de Sara, Isaac, ha sido una de las figuras más perfectas del hijo de María, Jesús. Dos nuevos. En Isaac se dijo que serían bendecidas todas las gentes. Y Cristo llevó de hecho es a bendición a todos los confines de la tierra.

Más importante es todavía la figura de Rebeca, de la cual dice la Escritura que era una muchacha muy candorosa, virgen bellísima "et incognita viro". En esta descripción parece que se está hablando de María, insistiendo en su virginidad: "quoniam virum non cognosco". Por otra parte, a Rebeca fué enviada desde la tierra de promisión Elieazar, mensajero de Abraham, para buscarla por esposa de su hijo; a María fué enviado desde el cielo, verdadera tierra de promisión, el arcángel, mensajero de Iahvé, para buscarla por Esposa del Espíritu Santo y Madre de su Hijo. Por otra parte, Rebeca engendró a Jacob, que suplantó a Esaú y se hizo heredero de las divinas promesas; María engendró a Jesús, que suplantó a Satanás y nos hace herederos de la gloria. Finalmente, Rebeca indujo a Jacob a cubrirse con la piel de cabrito sus manos y con los vestidos de Esaú para arrancar a su padre la bendición para todos sus descendientes; María, por el consentimiento dado al ángel, es causa de que Jesús se revista de nuestras iniquidades, y por medio de El nos conceda el Padre celestial las bendiciones eternas.

Era María hermana de Moisés. Figura de María en el nombre y en su condición de virgen. Las dos llevaron el mismo nombre dulcísimo. María, la amada de Iahvé, o como otros han interpretado, Señora, Esperanza, Madre, Estrella del mar y Mar amargo. Y virgen. Más aún: los Padres quisieron hacer de ella el primer caso de voto de virginidad. De ser así, la analogía sería todavía más estrecha.

Con lo cual salimos del Pentateuco para ir al libro de los Jueces. Y encontramos dos figuras admirables: Débora y Jael. Débora fué la primera profetisa suscitada por Dios para libertar a su pueblo de la servidumbre del enemigo. Sus palabras tenían la dulzura de la miel y el ardor de la llama. "Habíanse acabado en Israel los valientes, dice la Escritura; habían desaparecido, hasta que Débora levantó cabeza." Un día llamó a Barac y le ordenó de parte del Señor reuniese un ejército y saliese a pelear. Obedeció Barac mientras que ella se puso al frente de las tropas y alentase con su presencia a los soldados. Así lo hizo, y los cananeos fueron destruidos por completo. Como se ve, el caso de Juana de Arco tuvo precedentes. Débora fué figura de María, fuerte como un ejército bien ordenado en el campo de

la Virgen a Escritura

Por D. TEOFILO AYUSO

batalla, vencedora del demonio y de las pasiones humanas. Y en cuanto a Jaci, recordad cómo cosió con un clavo, en el suelo, a martillazos, la cabeza de Sísara, enemigo de su pueblo. Ella aplastó la cabeza del demonio.

Igualmente hay dos figuras notables en el corto y bellissimo libro de Ruth: Ruth y Nohemí. Ruth, de un modo misterioso, llega a ser esposa de Booz, abuelo de David, del cual vino el Mesías. María, de un modo misterioso, llegó a ser la Madre del Mesías. Desposada Ruth con el hijo de Nohemí, una vez que quedó viuda, se aficionó de tal manera a la madre de su hijo, que incluso llegó a abandonar por ella su propia tierra. Desposada el alma con el Hijo de María, si alguna vez le pierde, se aficiona luego, arrepentida, a la que es refugio de pecadores, que no consiente abandonar ya sus pasos. Y en cuanto a Nohemí, la Escritura nos habla de los consejos que dió a Ruth, mandándole a espigar al campo de Booz y disponiéndola convenientemente para que lograse hacerle su esposo. María también nos presenta y ofrece este campo inmenso de la gracia, donde podemos recoger a manos llenas, y nos dispone con amor maternal a desposarnos con Jesucristo.

Con lo cual pasamos a los libros de los Reyes. Se abre el primero con una figura humilde, sufrida, confiada, simpática. Ana, la madre de Samuel, que anhela un hijo, y se lo ofrece previamente al Señor. Y cuando lo tiene, prorrumpe en un himno, cuyo paralelismo con el "Magnificat" de la Virgen es impresionante. "Mi corazón ha exultado en el Señor... El arco de los fuertes se ha hecho añicos, y los débiles se han ceñido de fuerza... El Señor enriquece igual que empobrece, abate también y encumbra, levanta del polvo al misero, del estiércol eleva al indigente para hacerle sentar entre los nobles"... ¿No es verdad que parece estamos leyendo el cántico de Nuestra Señora?

De Ana pasamos a Abigail. Esta es, por antonomasia, la mujer discreta. De ella dice la Escritura que era "prudentísima y hermosa". La analogía con la Virgen es múltiple, pero, sobre todo, en su función de refugio de pecadores. Con su prudencia y acertada intercesión supo Abigail librar de la muerte a Nabal y aparecer con palabras dulcísimas a David, justamente irritado. No de otro modo, dicen los escritores eclesásticos, obra María, saliendo al encuentro del Hijo de David cada vez que, irritado contra el pecador, amenaza enviarle el castigo que sus yerros merecen.

Y ahora viene la figura imponente de Respha, que tuvo de Saúl dos hijos, Armón y Miphifoseh, los cuales fueron crucificados por los gabaonitas en el monte Gaba. Aquella madre desolada no abandonó a sus hijos ni aun después de muertos. Sino que, ciñéndose un cilicio, se echó sobre una piedra, al pie de las cruces horribles donde pendían sus cadáveres, manteniéndose allí casi tres meses, ahuyentando día y noche a las aves de rapiña y a las fieras que querían devorarlos. Imagen patética de la Virgen al pie de la cruz, en el Calvario.

De la tragedia al idilio. De Respha a Abisag Sunamitis, la encantadora y preciosa muchacha que fué requerida, por su virginidad y su hermosura, para "estar delante de David, y abrigarle, y dormir a su lado, y calentarlo a su señor el rey". Imaginad el misterio. No puede darse más viva imagen de la virginidad

de María, que tuvo, por otra parte, siempre al rojo vivo la benevolencia de Dios.

En los libros de los Reyes hay todavía otra mujer insigne que de un modo especialísimo prefiguraba a María. Era B'tsabé, esposa de David y madre de Salomón. La analogía es múltiple. Ante todo, como esposa del rey y madre del rey. Fué madre de Salomón, famoso por su sabiduría, y María es Madre de Cristo, la Sabiduría del Padre. Luego, por su poder de intercesión, incluso para con los mismos enemigos. Adonías, a pesar de ser enemigo suyo, acudió a ella, y no sólo consiguió por ella el perdón, sino que alcanzó la mano de Sunamitis. María, cuando a ella acude el pecador, a pesar de ser enemigo suyo, no sólo alcanza para él el perdón, sino el desposorio místico por la gracia. Y, finalmente, por la realeza. Salomón no sólo no negó a su madre lo que le pedía, sino que se sentó en su trono e hizo otro junto al suyo para su madre, la cual se sentó a su diestra. Cristo no sólo no niega nada a María, sino que la hace copartícipe de su reinado, habiéndola dado un trono universal coronándola como reina y señora del Cielo y de la Tierra. Por lo cual su poder es inmenso. Omnipotencia suplicante y mediadora universal.

Dejando el libro de los Reyes, llegamos a la extraordinaria figura de Judith. Quizá ninguna mujer haya en el Viejo Testamento de tanto relieve como la heroína de Betulia. Cuando todos los ánimos decían, ella supo imponerse sobre los hombres, librando a la ciudad cercada y dando muerte al invasor. Finalmente, ella pudo dar el agua a aquel pueblo miserable y enloquecido que moría de sed. Maravillosa analogía con las funciones diversas de la Virgen con la Humanidad y con el alma. Ahorrajada de cadenas, cercada por el diablo, que, en frase de San Pedro, "circuit", buscando como león su presa, la Virgen rompió el cerco, devolviendo a los cautivos su libertad, dando muerte al invasor y ofreciendo a los sedientos el agua. Cristo Jesús, fuente de agua viva que brota para vida eterna, de la cual el que bebiere ya no tendrá sed jamás.

Paralela a la figura de Judith como la de Esther. Sino que ésta tiene un matiz concepcionista que no tienen las demás. Como es sabido, Esther fué elegida entre todas las mujeres del imperio para ser la esposa del rey, por su gracia, por su hermosura, por su sencillez. Y, siendo ya reina, por intrigas de Amán su esposo dió un decreto de muerte contra todos los judíos. Esther era judía. Pero un día ovó de labios del rey el decreto de concepción: "No temas, Esther; esta ley no se ha dado para ti, sino para todos los demás." Esther no se contentó con eso, y habiendo cautivado el corazón de su esposo se constituyó en mediadora, diciendo: "Si fieri, si halló la gracia a tus ojos, perdona a mi pueblo, por el cual te vengo a pedir." Y por amor suyo Asuero anuló el decreto de persecución. La analogía es clarísima. También María, en un plano mucho más universal, fué elegida entre millares para ser la esposa del Rey de cielos y tierra. Halló gracia ante los ojos del Señor, y el ángel pudo saludarla bendita entre todas las mujeres. Por la desobediencia de Adán dió el Señor un decreto de muerte. El pecado es la muerte del alma. Un decreto universal, para todos los descendientes de Adán. María era también hija de Adán. Pero oyó el decreto de concepción: "No temas, María; esta ley no se ha dado para ti, sino para todos los demás." Y quedó exenta del pecado original, con el cual todos nacemos. Este es el privilegio de su Inmaculada Concepción. Pero María no se contentó con eso. Una vez exceptuada, estaba en magnífica posición para ser mediadora. E intercedió por su pueblo. Y le salvó. El Señor no la puede negar nada.

Finalmente, este cortejo triunfal de figuras femeninas del Antiguo Testamento se cierra con la imponente majestad de la madre de los Macabeos. He aquí una mujer, cien veces fuerte e impávida, madre de siete hijos, a quienes ve morir, uno tras otro, llena de santo orgullo, en

medio de terribles tormentos, por la ley de Dios y la libertad de la patria. Y, lejos de desfallecer, los va alentando a perseverar hasta que exhalan el último suspiro. Imagen radiante de María, que a lo largo de toda su vida, y, sobre todo, al pie de la cruz, asiste y alienta a su Hijo unigénito, entregándole a la muerte más afrentosa para ofrecer a Dios una víctima santa, propiciatoria, y como su muerte ganar la vida de los hombres y donarles la libertad perdida.

HEMOS visto con extraordinaria rapidez cómo pasó el desfile de figuras del Antiguo Testamento, en las cuales la Iglesia vió un anticipo de María. Digamos ahora dos palabras de las figuras reales.

Esas son, sobre todo, las siguientes: el paraíso terrenal, el arca de Noé, la paloma del arca, el arco iris, la escala de Jacob, la zarza de Moisés, el arca de la Alianza, la vara de Aarón, el vellocino de Gedeón, el tabernáculo del Altísimo, la ciudad de Dios, el templo de Salomón, la vara de Gessé, el tálamo de la esposa, la tierra de promisión, la flor del campo, el río de los valles, la torre de David, la torre de marfil, la casa de oro, el óleo suavísimo, el ungüento precioso, el lecho de Salomón, la paloma, la tortolita, el huerto cercado, la fuente sellada, la ciudad de refugio, la nubecilla, la luna, la estrella de la mañana, el sol y la puerta del cielo.

Imposible ir explicando, una por una, todas las profundas analogías que estas figuras reales tienen con la Virgen.

Mantengámonos sólo en las que, de un modo u otro, se relacionan con el misterio de la Inmaculada Concepción.

Así, en primer lugar, el arca de Noé. Así como el diluvio fué universal, porque todos, excepto Noé, habían pecado y sólo se salvó por excepción Noé y su familia dentro del arca, así porque todos los hombres pecaron en Adán, todos quedaron sumergidos en el agua diluvial del pecado, salvándose sólo la Virgen María. En medio de aquel inmenso océano sólo flotaba el arca. En el mar inmenso de la prevaricación y del pecado original, María es la única que sobrenada. Por otra parte, como fuera del arca no había salvación, tampoco existe fuera de María.

Y, sobre todo, el vellocino de Gedeón. Compadecido el Señor de la miseria de su pueblo, envía un ángel a Gedeón, intimándole a que se ponga al frente de las huestes de Israel, prometiéndole la victoria. Gedeón pide una señal clara de la voluntad divina. Y ésta fué la señal. El mismo colocará un vellón de lana en una era durante la noche, y pide como señal que a la mañana siguiente esté el vellón cubierto de rocío y seco todo en rededor. Y sucedió así. Pero no hallándose conforme todavía, pidió lo contrario: que volviendo a poner el vellón en la noche siguiente, apareciese a la mañana el vellón seco y la tierra en derredor cubierta de rocío. Los Padres vieron siempre, en la doble modalidad de esta figura, preanunciado el misterio de la Inmaculada Concepción. La Virgen fué ese vellón de lana, que, mientras toda la tierra quedaba seca, en erial, se cubría completamente del rocío del cielo, es decir, de la gracia de Jesucristo; agostada y seca toda la tierra por el pecado, sólo ella no tuvo esa sequedad, por haber quedado exenta de pecado y llena de gracia. Y, por el contrario, mientras la tierra quedaba toda cubierta de rocío, es decir, de la lepra del pecado, ella sola, como el vellocino de Gedeón, quedaba intacta y pura, sin ser cubierta por él. La analogía, en su doble sentido, no puede ser más clara.

Finalmente, antes de cerrar este espléndido cortejo de figuras, personales o reales, conviene recordar cómo, en un sentido acomodado, la Iglesia aplica a la Virgen las magníficas frases que la Escritura dice a Sabiduría increada y eterna: "El Señor me poseyó desde el principio... Desde la eternidad fui constituida... Cuando aun no existían los océanos fui dada a luz... Cuando aun no había tierra ni campos, ni la masa de los átomos del polvo del orbe"...

Pero sí hemos de destacar la incomparable grandeza a que es elevada María por su carácter de Madre de Dios.

La maternidad divina coloca a la Santísima Virgen por encima de toda otra pura criatura y le confiere una santidad eminente y de naturaleza superior a la de todos los santos (32). Una gran parte de los mariólogos admite como necesaria para la divina maternidad una elevación de la Virgen María que la hiciera capaz de engendrar al Hijo de Dios. Por esta elevación sobrenatural queda María asumida, aprehendida por Dios y dirigida en todo su ser, intrínsecamente, a la generación de Cristo, a su Hijo divino. Si la gracia santificante de adopción nos hace a los cristianos participar la vida trinitaria, la vida de Dios, la Santísima Virgen, por su divina maternidad, recibió una donación de Dios superior a la de todos los santos y ángeles. La gracia nuestra nos hace hijos de Dios. María quedó constituida Madre de Dios. Si el Espíritu Santo clama en nuestros corazones y nos enseña a decir ¡Padre!, en el alma de la Virgen se desplegó todo el poder de su gracia para enseñarle a llamar ¡Hijo! a Dios nacido de su seno y para poner en su Corazón un amor peculiar, maternal, hacia el Hijo del Padre. Queda así emparentada María con Dios Padre, cuyo único Hijo lo es también suyo, y con el Espíritu Santo, que procede del Hijo nacido de su seno.

En esta comunicación trinitaria queda sumido, anegado, el Corazón de la Madre de Dios. Su alma replegada en sí misma, absorta en la contemplación del amor de Dios, que salva a la humanidad sirviéndose de Ella, ama entrañablemente a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se le han comunicado tan inefablemente haciéndola Esposa, Madre y Templo suyo.

La maternidad física no es sino la redundancia de todo este misterio de gracia:

"Ab anima B. M. Virginis redundavit in carnem; nam per Spiritus Sancti gratiam non solum mens Virginis fuit per amorem perfecte unita Deo, sed eius uterus per Spiritum Sanctum est supernaturaliter impregnatus, et ideo statim cum dixisset Gabriel: Ave, gratia plena, subjunxit de plenitudine ventris, dicens: Dominus tecum" (33).

María, por su maternidad divina, es el instrumento asumido por la Santísima Trinidad para realizar su obra maestra y cumbre: el Dios-Hombre Salvador universal. Queda así constituido el Corazón de María, el alma santa y amorosa de María, corazón de la Iglesia que difunde a todos los miembros de su Hijo la vida trinitaria (34). Con todo, aun siendo la divina maternidad una fuente de grandeza para el Corazón de María, quedaría un poco en el aire nuestra obligación de consagrarnos a Ella si este ser maravilloso que la constituye Madre de Dios no se proyectara sobre nosotros. Pero "la maternidad divina se ordena intrínsecamente al fin total de la misma Encarnación, María, pues, por voluntad divina, será la formadora del Cuerpo Místico y realizará nuestra incorporación con Cristo, porque ése es el fin de la Encarnación" (35).

"Por el Corazón de María. Corazón de Madre y mediadora, Corazón sacerdotal, al lado del Sumo Sacerdote, se irradia la vida divina, hasta ser nosotros realmente constituidos hijos de Dios" (36).

María, pues, es predestinada a Madre del Salvador y vinculada a El en su carácter redentor. Los padres de la Iglesia lo expresaron llamándola nueva Eva y comentando el decreto de Dios, que quería rehacer el mundo por los mismos

principios que lo destruyeron. Adán y Eva juntamente fueron causa del pecado; Jesucristo y María son el principio de la restauración (37). No dos principios, sino uno solo, en el que María obra maternalmente y por gracia lo que Cristo obra formalmente y por derecho. La plenitud de ese principio de redención es el Cristo místico y nacido de María, de su amor y de su fidelidad a Dios.

En el "fiat" de la Encarnación, al aceptar la vocación de Dios para Madre del Redentor, abrió ya su Corazón al amor y a la compasión de todos los miembros de la Humanidad; al unirse tan íntimamente con El, aceptó el sufrir en su alma todos los sufrimientos que habría de costar el redimir a la humanidad. No es una simple compasión a última hora, sino el consentimiento en vincularse maternalmente—física y espiritualmente—al que había de sufrir los efectos del pecado y de la justicia de Dios.

Es la maternidad espiritual de María, como dice el padre García Garcés (38), el fundamento más profundo y más vivo de la consagración al Corazón de María. Porque no es posible comprender la corredención mariana sin considerarla revestida de su carácter maternal. Además, solamente la maternidad espiritual expresa el influjo continuo e íntimo que María tiene sobre todos los cristianos.

Toda la exuberancia del pensamiento de San Pablo va buscando el modo de expresar la realidad que se le ha revelado, esa vida misteriosa escondida con Cristo en el seno de Dios, esa inmanencia del cristiano en la vida de Cristo que le transforma y le hace ser una nueva criatura.

El cristiano en el bautismo muere al pecado, muere a su depravada vida adámica y nace, hombre nuevo, injertado en la vida de Cristo.

María es la Madre de Cristo, del Cristo físico que por su gracia capital tiende a comunicarse a sus hermanos para formar el Cristo místico, universal y perfecto; por esto la maternidad divina de María está ordenada intrínsecamente a la salvación de todos los hombres. Como el cristiano no es cristiano, sino en cuanto es injertado en Cristo, paralelamente no es cristiano, sino en cuanto recibe el influjo maternal de María. María es Madre de todo Cristo, de Cristo tal como estaba preconcebido en la mente de Dios. Al dar su consentimiento a la Encarnación sabía perfectamente el carácter redentor y vivificante que encerraba su Hijo y consintió en ser Madre suya aceptando como Hijo a Jesús con esa plenitud comunicativa de vida, con todos los hermanos que habrían de recibir la influencia de su vida y de su gracia.

En toda comunicación de Cristo a las almas interviene, por lo tanto, un acto voluntario de la Virgen, un consentimiento suyo a concebir ese nuevo cristiano en la integridad y perfección de su Hijo. Como el ofrecimiento y el dolor del Corazón de la Señora en el Calvario integraba el sacrificio de Jesús, así el consentimiento maternal de su Corazón acompañaba siempre a la donación de Cristo a las almas. En consecuencia, "esa comunicación, vivificando a la criatura con el mismo Espíritu que llena perpetuamente a la Virgen, deja al alma como entrañada espiritualmente en la Madre de Dios y vitalmente pendiente de Ella más que de su madre lo está el niño antes de salir de su seno" (39).

Y este es el centro del misterio de María. Una dependencia íntima vincula la vida de los cristianos a su Madre. Ella les ha dado la vida de su Hijo, Ella los ha engendrado en Cristo, Ella

los ha introducido en el ciclo redentor del volver al Padre en el Hijo por el Espíritu Santo.

El corazón, quintaesencia de María

Hemos hablado tantas veces de María a secas, que puede darse fácilmente que haya quien nos tache de haber salido de nuestro cauce. Buscábamos los fundamentos de la consagración al Corazón de María, a María, sí. Pero ¿por qué a su Corazón precisamente? Bastaría remitir a la noción que dimos de la expresión Corazón de María.

El Corazón de María es para nosotros como la quintaesencia de la persona de la Señora. En él comprendemos toda la vida y todas las actuaciones y todos los misterios de la vida de la Madre de Dios considerados bajo el aspecto formal del amor, de la plenitud de gracia con que la Santísima Virgen vivió y vive todos los momentos de su vida.

Y en el misterio de su maternidad, que es el misterio de todo su ser, está tan arraigado el amor, "que si se contempla el Corazón Inmaculado dando al olvido su maternalidad (pase la palabra), se pierde de vista el verdadero Corazón de María. La maternidad es la explicación última de ese corazón; la maternidad lo proyecta hacia nosotros. Y de manera semejante: hablar de la maternidad espiritual sin remontarse al Corazón de María, es contemplar un efecto sin admirar su causa... La idea de la maternidad espiritual es inseparable de Corazón de María.

"... Acaso podamos decir que maternidad espiritual y Corazón de María no sólo son inseparables, sino que, hasta cierto punto, se identifican y ambos por igual nos dan un resumen del Evangelio" (40).

Todo queda claro si recordamos que María se constituye Madre de los hombres por su aceptación y por su dolor, y que aquel "fiat" fué la expresión perfecta de la consagración a Dios del Corazón de la Virgen.

He aquí el plan salvador de Dios, Señor nuestro: recapitular y reunir en Cristo todas las cosas para que en Cristo y por el Espíritu Santo, que ora y clama en las almas de los justos, retorne todo a El, centro y vida de nuestras almas. Pero al lado del Redentor encontramos la Corredentora, y junto al Espíritu santificador encontramos a María, la Cosantificadora. Ella, en la entrega de su corazón, abrió a Dios la puerta de la humanidad y sigue abriéndole la de cada alma, concibiéndonos en el seno de su amor a la vida de Jesús, el único Hijo.

La aceptación personal y consciente de este influjo maternal de María en el alma es la medula de la consagración a su Corazón: La sumisión a sus poderes maternales, la entrega a su amor de Madre para que influya en nuestras almas con toda la riqueza de su gracia, engendrándonos en la vida de Cristo. La memoria, el entendimiento y la voluntad, la vida entera, quedan así profunda y sinceramente abiertas al don de la vida divina.

Negarse positivamente a esta entrega, a esta consagración, sería cerrarse a la donación de Dios, que viene a nosotros por el amor maternal del Corazón de María. Consagrarse a este Corazón, en cambio, es concordar la postura propia con los planes redentores de Dios.

Queda así aclarada suficientemente la verdadera naturaleza de la consagración al Corazón de María, que no es una "devoción", ni la mera recitación de una fórmula, sino el modo más sincero y más vital de responder al amor de Dios, que nos llama a la perfección. Quien se consagra al Corazón de María y vive su consagración se orienta de verdad hacia Dios y se abre ampliamente al influjo de la Santa Madre María, que nos engendra en su Corazón a la vida escondida con Cristo en el seno de Dios.

F. S. A.

Zaragoza, 25 de agosto de 1954.

(32) Santo Tomás: In "I Sent.", d.44, q.1, a.3.

(33) Santo Tomás: "In Joannem", c. 1; lect. 2.

(34) Alonso, C. M. F.: A. c.: "Relationes Immaculati Cordis B. M. V. ad personas SS. Trinitatis" en "Alma Socia Christi", vol. VI. Fasc. II. Pág. 79.

(35) García Garcés, C. M. F.: O. c. Pág. 78.

(36) Delgado Varela: "La consagración del sacerdote...", Pág. 111.

(37) Cfr. Lebon I.: "L'apostolicité de la doctrine de la médiation mariale", en "Rech. théol. anc. et méd.", 2 (1930). Página 154 s.; Solá, S. I.: "La Corredención de María en la tradición patristica", en "Est. Mar.", 2 (1942), 61-69.

(38) O. c. Pág. 176.

(39) Colomer, O. F. M.: "La Virgen María". Barcelona, 1935. Pág. 202.

(40) García Garcés, C. M. F.: O. c. Pág. 159.

ZARAGOZA, SEDE DE LOS CONGRESOS MARIANOS DE 1908 Y 1940

El año de la Exposición Hispano-Francesa se reunió el primero, con carácter internacional y representación de 26 naciones. — El Arzobispo de Burgos, Cardenal Aguirre, fué Legado pontificio.— Dos Arzobispos y 10 Obispos participaron en él

El segundo, de carácter nacional, se celebró en octubre de 1940, con motivo del XIX centenario de la Venida de la Virgen.— En la procesión del día 12, que presidió el ministro de Justicia, don Esteban Bilbao, salieron las siete imágenes de la Virgen de más antiguo culto y tradición en Zaragoza

Dos Congresos Marianos han precedido en Zaragoza a este que con tanta pompa y solemnidad se ha celebrado en el mes de octubre con motivo del Año Santo Mariano.

El primero fué internacional y tuvo lugar los días 26, 27, 28 y 29 de septiembre de 1908; el segundo, nacional, los días 8, 9, 10, 11 y 12 de octubre de 1940.

El IV Congreso Mariano Internacional

La ocasión y el motivo de este Congreso, que continuó la serie de los de Friburgo, Roma y Einsiedeln (Suiza), fueron dos, a saber: el jubileo papal de San Pío X y el cincuentenario de las apariciones de Lourdes, y coincidió con las grandes fiestas, religiosas y profanas, que Zaragoza organizó para conmemorar el primer centenario de sus gloriosos sitios.

Nacida la idea de los Congresos Marianos en el Congreso Eucarístico de Turín, de 1894, al año siguiente se celebró el primero en Lorno, al que siguieron los de Florencia (1897), Turín (1898), Lyon (1900), Friburgo, internacional (1902); Barcelona y Morelia (Méjico) (1904), el universal de Roma, celebrado en el mismo año, y el internacional de Einsiedeln (1906). Después de los de Zaragoza, son dignos de especial mención los celebrados en Salzburgo, en 1911, y el hispanoamericano de Sevilla, en mayo de 1929.

Lourdes y Reims disputaron, no a Zaragoza, sino a España, la gloria de albergar el IV Congreso Mariano Internacional. Resuelta la disputa a favor de España, quedaba por allanar otra dificultad no menos delicada y espinosa, pues Montserrat, Guadalupe y Sevilla recababan para sí este honor, que al fin fué adjudicado a Zaragoza en atención a su santuario del Pilar, de fama y significación universales.

Una carta del Cardenal Merry Val, secretario de Estado de San Pío X, al Arzobispo de Zaragoza, fechada el 3 de abril de 1908, fué el anuncio oficial del fausto acontecimiento y la orden de comenzar los trabajos preparatorios.

Los preparativos

Se constituyeron dos Juntas: una nacional, en Madrid, y otra local, en Zaragoza. Presidió la primera el Obispo de Madrid-Alcalá, don José María Salvador y Barrera, que tuvo como vicepresidente a su Vicario general, don Javier Vales Failde, y como secretario, a don Benito Acuña; de dicha Junta formaron parte como vocales, entre otras ilustres personalidades, los eximios periodistas don Benigno Bolaños, don Manuel Senante y don Rufino Blanco, directores, respectivamente, de "El Correo Español", "El Siglo Futuro" y "El Universo".



El 17 de mayo de 1925 hizo su entrada solemne en Zaragoza el doctor Domenech, ocupando la vacante producida por la trágica muerte del Cardenal Soldevilla. Desde entonces, la importancia de Zaragoza como centro de atracción mariana y meta de constantes peregrinaciones ha ido en aumento a causa de la preocupación del excelentísimo Prelado. Las obras y mejoras de la basilica metropolitana de Nuestra Señora del Pilar, la hospedería, la grandiosa efemérides del XIX centenario de la venida de Nuestra Señora en carne mortal a Zaragoza, el Voto Asuncionista y tantos otros hechos relevantes, culminados en el último grandioso Congreso Mariano Nacional, completan la tarea pontifical del doctor Domenech

Paralelamente a las actividades de esta Junta de caballeros, trabajó otra, también nacional, de señoras, presidida por la infanta doña Isabel de Borbón, de la que formaron parte, entre otras egregias damas de la corte, la duquesa de Tarifa y la condesa de Valdelagrana, como vicepresidentas, y la duquesa de la Vega, como secretaria.

La Junta local de Zaragoza estuvo constituida de la siguiente forma: presidente, el Arzobispo, don Juan Soldevilla y Romero; vicepresidente, el Vicario general, don José Pellicer y Guiú; secretario primero, don Simón Navarro; secretario segundo, don Julio Campos; vocales: los canónigos don Luis Sanz Malo y don Robustiano Carra, los padres Figueras y Beltrán, ambos de la Compañía de Jesús; don Carlos Odrio-

zola, condesa viuda de Sobradiel, doña Pilar Valenzuela y doña Aurea Martín Navarro.

Se constituyó, además, una Comisión de jóvenes, presidida por don José María Oláiz, de la que formaron parte don Moisés García, don César Ripollés, don Luis y don Antonio García Molíns, don Luis Latre, don Ignacio Navarro, don Cristóbal Pellejero y don Miguel Lázaro.

El padre Juan Postius, C. M. F., en su calidad de promotor del Congreso, formó parte de la Junta Nacional de caballeros y fué asistente eclesiástico de la de señoras. A su dinamismo e inteligencia, así como a su tacto y don de gentes, se debió en gran parte el éxito del Congreso. Dirigía a la sazón "El Iris de Paz", cargo que dejó al poco tiempo para dedicarse a otras actividades.

Como preparación para el Congreso de Zaragoza, las Congregaciones Marianas del Norte y de Levante celebraron asambleas o congresos regionales.

Viajes y hospedajes

Como nota curiosa, y para que el lector se forme idea del cambio operado en las condiciones de vida durante el lapso de cuarenta y seis años que nos separan de 1908, transcribimos las cifras relativas a los precios de viajes y pensiones:

El viaje de Irún a Zaragoza, con las rebajas hechas a los congresistas, costaba, en primera, 22,50 pesetas; en segunda, 17,50, y en tercera, 10. De La Coruña a Zaragoza, 53,50 pesetas en primera, 40,65 en segunda y 24,80 en tercera.

Las pensiones ofrecidas a los congresistas fueron: de 20,15 y 12,50, en hoteles de primera; de 15, 12,50 y 10, en hoteles de segunda, y de 12,50, 10 y 7,50, en hoteles de tercera. ¡Oh témpora!

El Legado pontificio

La Santa Sede nombró Legado a látere para el Congreso al eminentísimo y reverendísimo fray Gregorio María Aguirre García, O. F. M., Arzobispo de Burgos, que llegó a Zaragoza el día 26 de septiembre en el tren de Navarra. En la estación del Arrabal lo recibieron los Arzobispos de Zaragoza y Buenos Aires y los Obispos de San Luis de Potosí, Salamanca, Ciudad Real, Tortosa, Jaca, Huesca, Burgo de Osma, San Carlos de Aneud, Coria y Madrid-Alcalá.

Las autoridades que acudieron a la estación fueron las siguientes: capitán general, señor Rodríguez Bruzón; alcalde, señor Fleta; gobernador civil, señor Tejón; presidente de la Diputación, señor Pérez Cistue; presidente de la Audiencia, señor Montot; fiscal de Su Majestad, señor Vidal López; rector de la Universidad, señor Casas; gobernador militar, general MaKenna; deán, señor

Jardiel; teniente de hermano mayor de la Real Maestranza, señor Azara, y don Mariano de Pano.

La Comisión oficial de Zaragoza estaba compuesta por don José Fellicer, don Rosendo Benedit, don Gregorio Marco, don Rafael Valenzuela, don Antonio Campos, marqués de Arianza y don Simón Navarro, y la de Madrid, por el Obispo, señor Salvador y Barrera; padre Postius, conde de Arcentales, don Pedro Pablo de Alarcón y don Benito Acuña.

El Legado, dicen las crónicas, llevaba puesta la banda de Isabel la Católica, y su semblante, al descender al andén, era algo pálido y parecía impresionado. El día, ticio y despejado.

Un mozo de estación—signo de los tiempos—dió un ¡Viva la República!, que fue ahogado por la multitud, que aclamó al Papa y a su representante.

A la una menos cuarto llegó la comitiva al palacio arzobispal; en la plaza de la Seo rindieron honores una compañía del regimiento de Aragón. Hubo en palacio una recepción privada, con discursos del alcalde y del Legado.

Sesión inaugural

La Junta nacional había mostrado deseos de que las sesiones solennidades del Congreso se celebraran en el Pilar; pero el señor Arzobispo de Zaragoza designó la iglesia parroquial de Santiago el Mayor, espléndidamente decorada e iluminada. La sesión inaugural se celebró a las cinco y media de la tarde del 26 de septiembre.

Notan las crónicas que el capitán general llegó a las cinco de la tarde con el alcalde y el presidente de la Diputación, que llevaban sendos brazaletes con los colores azul y blanco, emblema del Congreso. A las cinco y diez llegó la marquesa de Navarrés, dama de honor de la reina María Cristina y representante de la infanta Isabel, acompañada por la marquesa de Montemuro y la condesa de Bureta; las tres llevaban traje gris perla y mantilla negra.

A las cinco y veinte llegó el Legado pontificio, acompañado por el Arzobispo de Zaragoza; fué recibido en la puerta por los Prelados, que le besaron el anillo, y las autoridades. El público, que llenaba la iglesia, prorrumpió en vítores y aclamaciones.

En esta sesión hablaron: el padre Postius, para leer varios documentos pontificios; el Legado, que leyó su discurso de salutación; el Arzobispo de Zaragoza, el alcalde, monseñor Bauron—francés—, secretario general del Congreso, monseñor Crosta, teólogo italiano y orador elocuentísimo; el canónigo honorario de Ploch doctor Zebirochowiez, de Polonia, y el doctor Cantens, de Barcelona, en nombre de los congresistas de La Habana.

Después que el padre Postius leyó la oración por el Papa, subió al púlpito el Obispo de Pamplona, que sustituyó al de Urgel, para pronunciar un sermón, medio improvisado, en el que condenó el modernismo religioso. Terminó el acto con el himno de la peregrinación. El Cardenal legado envió al Papa un telegrama cuyo texto rezaba así: "Congreso Mariano Internacional Zaragoza, nombre 26 naciones en torno Pilar, salta de gozo tres jubileos: Lourdes sacerdotal y los Sitios, protesta contra modernismo religioso, pide restablecimiento soberanía papal."

El pontifical

El domingo día 27, a las seis, celebró misa de comunión en la santa capilla el

Obispo de Huesca, señor Supervía, por enfermedad de su alteza real el príncipe Maximiliano de Baviera.

El Cardenal Aguirre, que había de celebrar de pontifical, fué recibido, a las nueve y media, en la puerta del Pilar por el Arzobispo de Zaragoza y su cabildo; entró bajo palo y, cantado el tedéum, comenzó la misa. Ministraron a su eminencia los canónigos señores Maserico, Carra, Agustín Pardo, Elduayen y Tomás. Estaba anunciado que predicaría el célebre orador padre Janvier, pero este no vino a Zaragoza. Se pensó en que lo sustituyera monseñor Guyot; mas ante el revuelo que produjo entre beigas y franceses el anuncio de la sustitución, y para que la función no resultase demasiado larga, no hubo sermón. La capilla, dirigida por el maestro Agueras, interpretó el "Gloria" y "Credo", de Gounod; el "Sanctus", "Benedictus" y "Agnus", de Perosi; el "Gradual", de Viscasillas, y al ofertorio, el "Ave María", de Benito.

Desarrollo del Congreso

A las once de este mismo día se constituyó el Congreso en la iglesia de Santiago, bajo la presidencia del Cardenal legado. En esta sesión intervino el doctor R. Angel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud (Chile).

El día 28 hubo también, en el Pilar, misa de pontifical, celebrada por el Obispo de Madrid-Alcalá, con sermón que predicó el Obispo de San Luis de Potosí, señor Montes de Oca.

Los días 28 y 29 fueron de trabajo. La sección organizadora se reunió en el seminario conciliar, bajo la presidencia del Cardenal Aguirre; la dogmática, en la biblioteca del seminario de San Carlos, presidida por el Obispo de Huesca; la cultural, en el salón de visitas del mismo seminario, presidida por el Obispo de Madrid-Alcalá, y la gremial, en la iglesia de dicho seminario, bajo la presidencia del Obispo de San Luis de Potosí. En todas las secciones hubo dos secretarios extranjeros y dos españoles.

La clausura y el rosario general

El día 29 tuvo lugar la solemne sesión de clausura. Por la mañana celebró de pontifical, en el Pilar, el Arzobispo de Zaragoza, y predicó monseñor Jara.

La sesión de clausura comenzó a las cinco y media de la tarde en la iglesia de Santiago. Habló el padre Sptehen Coubé, uno de los mejores oradores franceses, y el padre Postius leyó un telegrama de Su Santidad Pío X. Después que el Legado hubo dado la bendición papal se organizó una procesión que fué al Pilar, en donde todos y cada uno de los Prelados subieron al camarín de la Virgen para besar su mano.

La Real Cofradía del Santísimo Rosario de Nuestra Señora del Pilar dispuso que en honor de los congresistas saliese de la Seo, con carácter extraordinario, el rosario general. Este recorrió la plaza de la Seo, calle de Don Fernando el Católico y Ribera del Ebro; entró por la puerta baja en el templo, en donde esperaban el Cardenal legado y los Prelados, quienes se unieron a la procesión, que siguió por la plaza del Pilar, calles de Alfonso, Coso, Don Jaime y del Pilar.

Los congresistas pudieron admirar la exposición de arte mariano en el pabellón de arte retrospectivo de la Gran Exposición Hispano-Francesa.

Como recuerdo de este congreso que-

dó un sencillo farol, que todos los años sale con los trescientos y pico que componen el incomparable y único rosario de cristal de Zaragoza.

El Congreso Mariano Nacional de 1940

Se celebró los días 8, 9, 10, 11 y 12 de octubre y fué acordado en la asamblea de Madrid, a finales de mayo de 1939, como un homenaje a la Santísima Virgen del Pilar en el XIX centenario de su venida en carne mortal a Zaragoza.

Su proximidad nos releva de la tarea de exhumar recuerdos que viven frescos en la memoria de la generación de la anteguerra.

Proclamado con toda solemnidad el día 29 de enero de 1940, en una sesión celebrada a las cuatro y media de la tarde en el palacio arzobispal, presidida por el señor Arzobispo, fueron nombradas las distintas comisiones—central, ejecutiva, literaria, de fiestas religiosas, de hacienda, de arte, de prensa y propaganda, de etiqueta y recibimiento, de viajes y hospedajes—, encargadas de poner en marcha la máquina del Congreso, que será timbre de gloria para el excelentísimo y reverendísimo señor don Roberto Doménech y Vall, que, después de coronar la empresa titánica de la consolidación del templo del Pilar, supo convertir el "templo nacional y santuario de la raza" en ara de la espiritualidad de España a lo largo de todo el año 1940, tan pródigo en efemérides y solemnidades pilaristas.

Se abrió el Congreso el día 8, con un homenaje a la Santísima Virgen del Pilar en su santa y angélica capilla a las cinco de la tarde, y poco después se celebró la sesión inaugural en la catedral de la Seo.

Se leyó una carta del Padre Santo al Arzobispo de Zaragoza, y a continuación hablaron el alcalde de la citada ciudad, señor Rivas; don Alfredo López y el Arzobispo de Valladolid, doctor Antonio García.

El día 10 se constituyó, en el salón de actos del seminario, la Academia Española de Estudios Marianos, con el padre Narciso García Garcés, C. M. F., como presidente, y por la tarde dió un concierto en el teatro Principal la capilla de música de Aránzazu, dirigida por el padre Arregui.

El día 11 hubo una comunión infantil en el Pilar, en la que participaron 8.000 niños, y a las doce, en la Seo, tuvo lugar la sesión de clausura, en la que tomaron parte el ministro de Justicia, don Esteban Bilbao, y el excelentísimo y reverendísimo Arzobispo de Zaragoza, que pronunció uno de sus mejores discursos.

El día siguiente, fiesta del Pilar, celebró de pontifical el Arzobispo de Valladolid, y en ella predicó un grandioso sermón el Prelado de Zaragoza; asistió el ministro de Justicia, y el alcalde hizo al ofertorio el juramento de la Asunción y Mediación en nombre de la ciudad.

En la procesión de la tarde, en la que ofició de pontifical el Obispo de Pamplona, padre Marcelino Olaechea, y presidió el ministro de Justicia, salieron las siete imágenes de la Virgen de más antiguo culto y tradición en Zaragoza y su término municipal, a saber: Nuestra Señora de la Portería, de Cogullada, del Pueyo, del Populo, de Zaragoza la Vieja, del Portillo y de la Sagrada.